

«PRIMER CONSEJO A LOS ARCANGELES DEL VIENTO». por *Alfonso Calderón*. Imprenta-Editorial Gutiérrez, Temuco, 1949

La nada existe como una insinuación hacia lo pleno, así como el silencio es una invitación a la palabra.

No tendríamos imagen ni impresión alguna del verbo si no existiera el silencio. De este modo, en la inmensa maraña sonora del habla, la capacidad de callar es la que valoriza la palabra. Ella—la palabra—se hace concreción en razón de amor al silencio, insinuándose en él hasta llenarlo, atraída por él y existiendo sólo por él.

La naturaleza siente *amor* por el vacío.

Al sentar esto, la poesía habrá aportado algo más valioso que el simple predicamento científico.

Así el aire en actividad intencional se precipita en el vacío y hace plenitud—que es función de amor—donde antes fué la nada. Y el poeta crea el verbo donde tan sólo fué el silencio—lo que es decir, la nada, el vacío.

Esta relación de amor entre el existir y la nada o el verbo y el silencio, hace la plenitud de las cosas.

Nada diríamos de esto si ello no hubiera nacido de la palabra poética de Alfonso Calderón,

Veamos cómo, el poeta, introduciéndose en el vacío que importa la humana impavidez del silencio ante lo que se ha de admirar, consigue hacer la plenitud.

Apóstrofe del poeta:

Vosotros
estáis callados
arcángeles del viento.

Y en la antistrofa niega la existencia del tiempo en la médula del silencio.

¿Para qué
iluminar las horas
si no cantáis a la luna efímera
que resbala en el cielo?

Obsérvese cómo, con palabras fáciles y uso acertado de las formas verbales, logra vencer la expresión. Y ahora, de qué manera el poeta va cerniéndose sobre la incapacidad ajena hasta dominarla.

Cuando podáis presagiar la estrella
en el misterio de una paloma vegetal.

Entonces os comprenderé...

Se transfunde esta dualidad antagónica dentro de una forma llena de gran plasticidad:

Yo abandonaré la penumbra
de las lentas manos de llanto,
para mezclarme a vosotros
en una rosa de escarcha
o en la agonía de un pez de magnolia.

Y entonces,
entraré al reino del silencio.

Este sentimiento de transfusión substancial con las cosas que se nos ofrecen como la esfera a la mano cóncava, esto es, en invitación donde el amor de la línea o del volumen es razón

de su existir, llena la poesía de Alfonso Calderón y es su esencia plena de significaciones.

Igualmente, el sentimiento de la inanidad de las cosas terrestres y humanas, fija el contorno en la plenitud de su poesía. Y de este modo, también, el olvido da existir a su recuerdo y el pasado a su presente.

Háblame de las rosas viejas
y del mármol esculpido en fatiga de ángeles,
perdidos en la forma.

Habiendo engendrado su poesía en vivencias que aprisionan el conocimiento del dolor humano, llega a una sabiduría de revelación y pesadumbre:

Hubo manos que sumergieron fórmulas
y quisieron volar
con aire o corazón interminable.

Sabe, Alfonso Calderón, signar lo impreciso con la palabra justa. La mujer, sueño impreciso entre el recuerdo y el olvido:

No sé si eras una mariposa
o el límite de una estrella.

Eras tú misma.

El acierto de su metáfora y la belleza y musicalidad de la palabra, son cualidades notables de su estilo:

Lento paralelismo de unos labios...
Un jazmín de luz en tus palabras...
Este cuerpo ya sobra en el olvido...

Su poesía, ciertamente, no está exenta de influencia. Tiene un hálito nerudiano, aunque asimilado a su propia personalidad poética.

Para dar una muestra de la forma original y valiosa en que asimila influencias extrañas, léase:

Y así para nosotros
la noche entró a los caminos
como un buey de sombra.

En que la imagen que da todo el valor significativo y emocional está tomada de un poeta español demasiado conocido.

No creo que Alfonso Calderón necesite de éstas y otras influencias para lograr su expresión poética.

Alfonso Calderón es dueño de su poesía. Quiero decir con esto, que más allá de toda influencia o preferencia literarias, tiene una palabra propia, un ritmo, una musicalidad personal. Es cierto que su individualidad se resiente a veces y es aquí donde debemos observar que el poeta—inquietador de sí mismo—debió advertir su camino.

Hoy cuando los jóvenes poetas buscan la forma ajena—nada más que el esquema y el ruido—inspirándose en la promoción literaria española llamada «del tercer centenario de Góngora» y descuidando las vivencias personales: quien desee subsistir deberá apartarse de toda escuela.

No hay que leer a los poetas.

Debe cuidarse el desarrollo de la propia cultura y vivir una soledad prudente que permita al poeta hablar con el hombre que siempre lleva consigo.

Alfonso Calderón pudiera hacer más suyo, carneciéndolo en su vida poética, este consejo (que le pertenece):

Buscad la luz,
más allá de los designios del alba...